

# Cuento

Marco F. Sánchez

Orlando Marín Herrera

Juliana León Suárez

Augusto Monterroso

# Gracia, la de La Criatura

Marco F. Sánchez\*

**Q**ue quién le había hecho esas fotos tan chulas a la negra, me preguntó el tal Demetrio; yo le dije: La Criatura, ese fue el que se las hizo, y el tal Demetrio rió y repitió: La Criatura, menudo tío ese, y pidió otra de whisky.

Yo nunca supe quién era este carajo, y si Demetrio era su nombre de verdad. A mí me lo presentó no recuerdo cuál de entre una pandilla de colegas en el bar de la Julieta. El tipo quería dizque conocerme y felicitarme. ¿Y a mí por qué?, le dije. Me dijo que yo tenía gracia, y a mí se me hizo lambón. Y luego se le metió en la cabeza saber cómo La Criatura había logrado las fotos de la negra. Y cuando se lo dije, ya no me felicitó más. Hasta entonces, puro whisky, claro, y del fino, vamos.

Ahora: que por semejante chiste, porque fue un chiste, te digo, le haya llenado de plomo el ombligo al fotógrafo, me parece una pasada, chaval. Tú sabes que hay otros peores y mira si andan vivos por ahí. Pero La Criatura, el pobre, qué iba a saber si todo le iba salía bien, digo yo, ¿no?

Porque tú sabes que todos conocíamos sus mañas en la puñetera redacción; y, salvo el de Justicia, que era evangélico, o una cosa de esas, hasta se las festejábamos. Menudo bribón aquel, si hemos de hablar con franqueza. Acuérdate, no por nada el apodito: “La Criatura”. No se le iba una sola. Y la negra fue apenas una de tantas. Porque él mismo perdió la cuenta de a cuántas empetotó, a cuántas le metió mano y a cuántas... para qué hablamos. Candelaria, se llamaba. Era una modelito de esas que hasta ahora comienzan, pero que estaba tan buena que uno se sentía infeliz. Un primor que salía por en el Canal Uno entregando premios en un concurso infantil, y que aparte de algunas falditas cortas, aberturas laterales y escotes como para programas de niños, jamás había mostrado un muslo en público. Figúrate: había rechazado un montón de dinero para salir viringa en una revista del *Jet Set*. ¿Sabes lo que dijo?, que para ser alguien en la vida no hay por qué faltarle a la decencia”. ¿Tú lo ves normal?, como si empetotarse fuera mucho. Bueno: la frasecita hizo tanto barullo que cuando La Criatura la oyó, lo primero que hizo fue convencer al editor de que había que entrevistarla. Y el editor me dijo: Brujo, andate con La Criatura y yo veré ese reportaje; y el Brujo, es decir, yo, con mucho gusto, tú sabes.

Acuérdate de La Criatura. De su cara: menudo idiota, ¿a que sí? De no ser porque la punta de su colmillo izquierdo alumbraba primero que la del derecho y le daba un

---

\* Bogotá. Cronista de los principales medios del país. Ganador de varios concursos nacionales de cuento. El año pasado ganó el Premio Nacional Ciudad de Bogotá con la novela corta *La Rosa de fuego*. Autor de cuatro libros: *Los dragones son eternos*, *El tao de las montañas*, *Afrodita madre del cosmos* y *Kélium Zeus, cuando Dios se hace hombre*. Miembro del Taller de Escritores de la Universidad Central de Bogotá. El cuento “Gracia, la de la criatura”, ganó en 2012 el Premio Internacional de Cuento Miguel de Unamuno, en España.

aire de perro a su risa, el tío hasta daba lástima. Siempre me pregunté cómo era posible semejante colmillo en semejante cara; no sé si te habrías fijado.

Pero, colmillo aparte, con una cámara en la mano y una mujer al frente, La Criatura nunca tuvo compasión. Y he estado por creer que era cierto lo que se decía por ahí: que tenía un hálito de serpiente que embrujaba a las mujeres. Un vaho que hacía que, sin saber cómo, resultaran quitándose hasta el apellido, y venían a darse cuenta solo cuando salían en el periódico. Y así le dije al Demetrio, y el tipo, tire risa y pida whisky.

La negra, que no era negra de negra, sino que era una mulata, nos esperaba en una casa del norte. Puro lujo, ¿sabes? Nos recibe una criada vestida de azul. Nos sienta en el sofá de cuero de una sala enorme, y esperen. Como a los quince minutos, aparece Candelaria, en lo alto de una escalera de alfombra episcopal, como la reina de Mozambique. Venía acorazada con un traje grueso, azul celeste, atravesado por un chorro de lentejuelas, un morrión de felpa en la cabeza, y un moño de fantasía en la solapa. Daba risa, te digo. Tenía una sonrisa de perlas que le iluminaba el rostro, y bajaba cada escalón despacio, como esperando el aplauso. Preguntó: ¿Cómo me veo? La Criatura sonrió y le dijo: Espléndida; y te juro que la negra lo miró como pasmada de que una cara como esa supiera decir: “espléndida”, mientras él le besaba el dorso de la mano y le decía “huelas a rosas”. Yo hice lo mismo, sin “espléndida”, claro, y la mano no olía a rosas: olía a madera, pero me callé. La Criatura sonrió: primero sacó el colmillo izquierdo y luego fue pelando, uno a uno, muelas e incisivos, bajo el alero de esa mirada en sesgo, como de indio, que a uno lo cabreaba tanto. Le preguntó a Candelaria si tenía la ropa adecuada para la sesión de fotografía. Ella, confundida, se miró de arriba abajo: llevo tres horas poniéndome la ropa adecuada para la sesión de fotografía, dijo. La Criatura no la desconsoló, sino que desnudó de nuevo su colmillo: Y quedaste muy maja, cariño, pero la nota no es para el traje, sino para ti. Y le sugirió que se pusiera algo más cómodo. Luego, me señaló: “él va escribir maravillas de ti. Míralo: es poeta”, dijo, como si se me viera en la ropa. “Te va hacer una entrevista muy mona, corazón. Yo te voy hacer las fotos y deben ser de categoría, ¿sabes? Te van a dar dos páginas, ya lo verás. Pero necesito tu ayuda, que hagamos un trabajo, cómo te digo: bastante..., fresco”.

“Bastante fresco”, ¿eso qué es?, preguntó Candelaria: “si piensa que me voy a encucrar, ni se lo sueñe. Y menos para ese periódico”. Pero La Criatura era La Criatura: “Nadie habla de desnudarte, corazón. Es un trabajo muy profesional y no se hará nada que tú no quieras. Con todo respeto, nena”.

Habló suave, pero firme. Había escondido el colmillo y sus ojos divagaban en las páginas de una revista de modas abierta en el sofá. “Tú sabes que este periódico es el que más se vende en el país y de ningún modo vamos a dañar tu imagen. Ahí como lo ves, se lee más que *El Tiempo*”. La negra lo miraba cabreada: “Tiene mucha sangre”, dijo. “¿Y qué?”, replicó él: “la letra con sangre entra”. “Puede que sí, pero yo les advierto que no me voy a encucrar. Por nada del mundo”, enfatizó Candelaria y, por su gesto, hablaba en serio. Pero La Criatura también. Este sacó el colmillo y dijo: “no hay problema, nena. Ya te digo: este es un trabajo muy profesional. Y te digo más: eres modelo, ¿verdad? Entonces déjame decirte que a menos que te pongas algo más cómodo, las fotos nos van a quedar como si fueras la dueña de una boutique”.

La mulata lo miró como sin ganas: me puedo cambiar; dijo y subió la escalera como la que ha perdido una batalla y La Criatura me miró y guardó el colmillo. Al poco tiempo la mulata apareció con una blusa azul de encajes de colores, dos florecitas en el pelo y una falda de chális y de resorte en la cintura.

—La hubieras visto, macho: era mucho más hembra vestida de cumbiambera, que de reina de Mozambique.

La Criatura le pidió que se acercara, que mirara, y le mostró la revista de modas con la foto de una modelo luciendo un sostén de encajes bajo una bata de seda a medio abrir. Nada del otro mundo, le dijo; esto, por ejemplo, no es un desnudo, o ¿qué piensas? No, no es un desnudo, convino Candelaria y la vi sonreír y me pareció que respiraba más aprisa. Él también debió notarlo porque ahí mismo le dijo: ¿Le ves problema a que hagamos una foto como esta? No, no le veo problema. Él siguió frío: Por el momento vamos a trabajar con luz ambiente. ¿Hay un patio? Sí. ¿Se toman alguna cosa?; El poeta toma tinto, dice La Criatura; yo tomo agüita de yerbas

Sí. De las que había en el solar. Ruda, lavanda, y una de María Luisa en un enorme tiesto de barro. Junto a ella, se para Candelaria y pone la mano sobre uno de sus gajos, con una inocencia, madre mía, que parecía posando como para un aviso del Niño Dios. Y comienza el trabajo de La Criatura: acomódate a la derecha, amor, le dice. Ahora a la izquierda. Siéntate. Ahora de rodillas. Estás muy linda, nena, pero muy tensa. Relájate. Levántate un poco la falda, cariño. No tanto. Por debajo de la rodilla. Pon la mano derecha tras el cuello y echa la cabeza atrás. Ahora baja la cabeza y levanta la mirada. Eso: como una fiera. Arrisca otro tris la falda, dame más pierna. No tanto, unos centímetros no más. Otro poquito, pero ahora sentada. Del otro lado. ¿Ves que no duele? Candelaria sonríe y dice Sí, pero La Criatura de repente se detiene, se lleva un dedo a la mejilla y queda pensativo. Está preocupado. Candelaria se queda viéndolo ansiosa. Hay un problema, dice La Criatura. Candelaria lo mira y pregunta: ¿Problema? Sí. Dice él: que como estamos trabajando con flash para el relleno, la luz rebota en la media, y las piernas arrojan un brillo feísimo. ¿Tendrías algún reparo en quitarte las medias? No, ya vuelvo. La Criatura me mira de medio lado y guiña la punta del colmillo.

Candelaria regresa. Está más dócil y La Criatura más serio. Le hace primeros planos de la cara, le dice recógete la blusa para que se vea el ombligo, nada más el ombligo. Y el ombligo, ¡qué ombligo, señor del huerto, qué impunidad, qué pelusa!, aparece en el centro de gravedad de la negra, como si no fuera nada, como si no fuera ombligo. Ahora bájate un tris la falda, le dice el tipo, y Candelaria tira hacia abajo y él pide: otro poquito, y otro, hasta que a medio camino de una hilera de vellitos, aparece el borde ensortijado de unos calzones blancos. *Klic*: ahora, saca un poquito el pompis, eso, así:



Tomada de <http://www.morguefile.com>

**La negra, que no era negra de negra, sino que era una mulata, nos esperaba en una casa del norte. Puro lujo, ¿sabes? Nos recibe una criada vestida de azul. Nos sienta en el sofá de cuero de una sala enorme, y esperen.**



Tomada de <http://www.morguefile.com>

así no, amor, así: La Criatura va en su ayuda, le acopla la grupa, le pone la mano, la palpa, la arquea, la endereza, le hace primeros planos, se acerca, se aleja, le pasa la yema del índice y otra vez retrocede uno, dos pasos, observa atento el trasero imponente y, con todo respeto, nena, vuelve a quedar preocupado: La Criatura sufre. Candelaria le pregunta: ¿Ahora qué pasa? Que estos primeros planos son los mejores, dice él, pero tenemos un problema: ¿Otro? Dice ella. Sí: responde el hombre pensativo. Luego de un silencio abortivo, le confía a Candelaria su hondísimo temor: se te marcan los cucos, nena. Y la yema del índice recorre de nuevo el lugar donde el borde de la prenda interior hace una larga curva en aquel hemisferio pomposo. Unas fotos así son completamente antiestéticas. ¿Completamente qué? No sirven. ¿Entiendes? Se ven feísimas. Ah, dice Candelaria. Se mira el trasero y levanta a mirar en silencio al fotógrafo. No sabe qué hacer: él va en su ayuda: ¿Sería mucho inconveniente si te quitas el panty?

Fíjate: no le ha dicho quítate los calzones, o las bragas: ha dicho "panty"; una palabra más panty, más palabra de hoy, viejo. Dime si no sabía el tipo: quítate el panty; menuda Criatura. Y Candelaria, que a esa hora ya debía tener la sangre llena de avispas, solo es capaz de una sonrisa y una mirada mitad para La Criatura, mitad para sí misma, ante mí, mi Dios bendito, que pierdo el pulso y empiezo a sudar cuando la veo subir al segundo piso con su mismo gesto de batalla perdida. Y casi suelto el tinto cuando la veo volver sonriente, con su falda de chalís, ajustándose un arete y diciendo: Ya.

La Criatura alumbró el colmillo y miró de sesgo, así como el tal Demetrio me miró cuando yo se lo contaba, whisky viene whisky va, en el bar de la Julieta. Y la pandilla de colegas que casi ni respiraban, y menos cuando manejé la pausa en el instante que Candelaria regresa, nos mira y dice: Ya. Y el tal Demetrio pasmado, y el colmillo de perro de La Criatura parecía rondar la mesa; y yo iba en lo del tinto que me temblaba en las manos, y los colegas cagados de risa me pedían: repetí eso, repetilo, y el tal Demetrio serio, y yo lo repetía con salsa y todo, ya sabes cuando me las gasto, y repetí el resto de aquel día, cuan-

do tuve ganas de ir a mear, y al aliviar la vejiga, vi colgados en la perilla del baño, cándidos, blancos, y aun tibios, le dije a la pandilla, los calzones de la negra. A esta altura, el tal Demetrio ya ni me miraba. Les conté cómo La Criatura persuadió a Candelaria, con razones que iban desde la combustión del flash contra la claridad del día, hasta la sensibilidad de la película que no soportaba los vapores de las doce. De modo que había que continuar en la habitación de la modelo, donde acudió a otras marrullas más elaboradas como el infalible primer plano, insignia del detalle, le dijo, para insinuarle que se pusiera una bata como la de la foto de la revista, tesoro, pero sin sostén, porque te quita lo natural y vamos a trabajar con profundidad de campo y con todo respeto, razones que Candelaria atendía con una risita taimada, mientras se perdía un ratito en el cuarto de baño para salir con la blusa amontonada en los senos, muerta de pena, decía, y otro ratito para quitarse la falda y salir envuelta en una bata de satín color marfil, que La Criatura ya ni siquiera agradeció con el colmillo, y continuó su trabajo muy profesional: ahora deja resbalar la bata, un poco nomás, cariño, solo hasta donde comienza el pezón, porque estoy trabajando con película de grano fino; ahora deja que escurra a la cintura, y quietecita, mi amor, porque estamos trabajando con baja velocidad, cosas que la negra qué iba a saber, y que él usaba para hacer plegar, abrir, levantar, soltar la bata de Candelaria que obedecía en una larga tarde en la que nunca supo cómo pasó nada, hasta el instante supremo que El Brujo, o sea yo, jamás olvidaría, cuando La Criatura resolvió hacerle un contrapicado con *gran angular* y todo el diafragma abierto, nena, porque se nos bajó la luz; y la bata de satín de Candelaria quedó hecha un lienzo amontonado a sus pies, y ella de pie sobre la cama, como una diosa negra y olvidada sobre un pedestal de raso, ensayando el gesto lánguido de cubrirse el sexo. Entonces La Criatura, con todo respeto, nena, metió la mano al bolsillo trasero y la sacó armada de una peineta que destelló en sus dedos como una espada mítica y atacó con ella el vellón de musgo de Candelaria, cuyas oscuras sortijas comenzó a desenredar, a desmadejar y alisar con maña, con despacio, tranquila nena que este es un trabajo muy profesional, en medio de la risa socarrona de la negra, Estese quieto, ya no más que me hace cosquillas, pero él siguió peine que peine con el esmero del que alisa el pelo de una niña de primera comunión y no el pubis de una cuarterona cachonda y muerta de risa, hasta que encontró el punto estético preciso de aquel remoto estuche de rocío y entregó a una negra fascinada, sin resabios, sin preguntas, que enseñó el abecedario de su cuerpo, de pie, de rodillas, acostada, ya medio ninfa, como una vaporosa criatura de los bosques; ya sin pudores, como cualquier pindonga de Play Boy, ante la lente impávida de La Criatura, que ladrillo por ladrillo derribó la fortaleza de una mulata que solo dos horas antes había prometido que jamás, pero jamás, se desnudaría ante una cámara de ninguna cosa. Ha pasado tanto tiempo y todavía no me lo explico.

La última carcajada en el bar de la Julieta sonó cuando evoqué el trofeo que exhibió La Criatura al día siguiente en la sala de redacción: sacó y agitó en el aire, como un clamor de socorro, o una señal de entrega en el fragor de la batalla, unos diminutos calzones de blonda blanca y le preguntó al brujo, o sea a mí, si los conocía. Claro que los conocía.

Era la prenda interior que Candelaria había dejado colgada en la perilla del baño el día anterior. El brujo, o sea yo, que asistió a la sesión de punta a punta, nunca pudo responder si fue el hálito de La Criatura, el resplandor del colmillo, o su cara de idiota, los que lograron el milagro. Pero sí sabe que fue un traqueteo ofendido el que le pagó, con seis tiros en el ombligo, el favor de haber publicado a su amante desnuda en las tapas del periódico.

Y nadie me saca de la cabeza que fue el tal Demetrio, porque el mismo día del entierro recibí una llamada anónima: a usted lo perdono, dijo, porque tiene su gracia.

Dizque gracia: gracia la de La Criatura. ■